

# CARTA A UN ACTOR

---

Manuel Serrat Crespo

CARTA PUBLICADA A *INFORMASTER* N. 8, A L'AGOST DEL 1977

Y, ahora, a mi regreso, cuando todo parece estar cambiando y hay en el aire una nueva alegría; ahora, cuando he visitado otra vez plateas y escenarios, cuando he recorrido los paseos de esta ciudad amada y loca que encerró, durante unos meses, el gran sueño, todo me ha llevado de nuevo a ti, a tu recuerdo y al de las horas en las que, juntos, trabajamos en la edificación de la nada.

Tú —¿quién sabe dónde estarás ahora?— habías llegado para actuar en uno de esos espectáculos independientes, en uno de esos ambiciosos montajes que jamás veían la luz de los focos porque había demasiadas barreras que franquear; demasiados obstáculos que salvar y el desaliento iba mellando, lentamente, el entusiasmo colectivo que había lanzado tantas voluntades en pos del teatro, de la fiesta sadomasoquista y pura, libre y liberada de los circuitos comerciales. No eras, sin embargo, ni un niño ingenuo ni un novel, habías dejado en tu país de samba y Pan de Azúcar, de favelas y carnaval, una reputación y una incipiente fama que no te satisfacía para buscar la verdad del holocausto, esa entrega creadora y fugitiva en la que te encerrabas ofreciéndote. Y en aquel instante, cuando los proyectos se habían derrumbado, comenzó a nacer el sueño y nos encontramos unidos por una misma admiración, por una misma locura de extraño nombre: Maldoror; y día tras día, noche tras noche, (como en el libreto de la obra que me obsesiona todavía), me enseñaste lo que era el teatro, tu teatro.

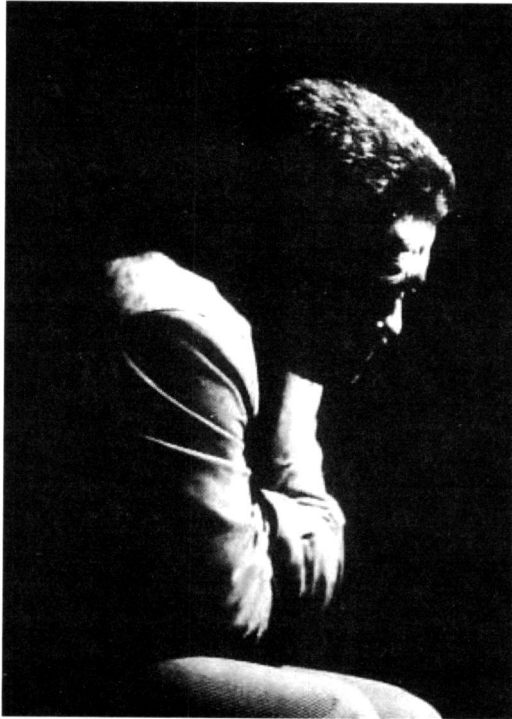
Jamás olvidaré el día en que, sobre el basto cajón de pino que reemplazaba el futuro podio, bajo el único foco que iluminaba el garaje, iniciaste la metamorfosis que te llevó hasta el poeta que habló por tu boca y por tus manos: «Cogí un piojo hembra de la cabellera de la humanidad...», dijiste (dijo Lautréamont) y se produjo el milagro. El espacio polvoriento e inhóspito se hizo centro del universo, todo sucedía entre sus muros, nada existía más allá, y las palabras comenzaron a revestir su auténtico carácter; ni símbolos ni útiles con los que comunicar un pensamiento, una idea, las palabras se me revelaban marco para el silencio, y era en el silencio donde la poesía nacía.

Porque tú me enseñaste, en aquellas tardes febriles cuando el sueño iba cobrando lentamente forma, el valor del gesto y de la mirada. Sólo más tarde, mucho más tarde, contemplando una pequeña acuarela japonesa, pude reconocer de nuevo la emoción de tu cuerpo bajo los focos, porque en ella —como en el juego de tus manos en escena— lo visible era sólo lo accesorio, lo visible era sólo la anécdota, los bordes que limitaban el agujero por el que pasaba el estremecimiento. Y el estremecimiento se hacía comunión, transgredía los límites de un escenario —inexistente ya— para lanzarnos, gozosos y sufrientes al mismo tiempo, a

los abismos de nuestra humanidad, a esas cuevas cálidas y viciosas donde latía todavía «la sed insaciable de infinito».

Aguantamos, ¿recuerdas?, nueve días en cartel. El escenario que escogimos para nuestra ceremonia, la hermosa capilla gótica, no estaba libre por más tiempo, y en el verano barcelonés levantamos por nueve noches los gritos del maldito muerto un siglo antes. Tuvimos —no faltaba más— buenas y malas críticas, defensores y detractores que, durante algún tiempo, hablaron del espectáculo, de algo que en sus bocas ni nosotros mismos reconocíamos, analizando sus aciertos, señalando sus errores; pero, por encima de todo ello, más allá de cualquier interpretación o cualquier análisis, guardé en mi interior el recuerdo de unos instantes —ya pasados, fugitivos, inaprensibles— en los que el teatro se hizo carne y emoción sobre un cajón de madera.

Ahora, a mi regreso, las luces de neón escriben nombres en las carteleras, sigue la vieja y triste feria del teatro muerto (ese fantasma); primeros actores y primeras actrices recitan su papel llenando los escenarios de guiños y tics mientras tú, sintiéndote de cristal, vulnerable, transparente, vencedor y vencido como cada vez que los focos se apagaban, escondes la magia, tu secreto.



*Anna o la venjança, de Manuel Serrat. Direcció: Mar Targarona. Intèrpret: Ramon Teixidor (La Bèstia). Cicle de Teatre Obert. L'Aliança del Poble Nou, 9 d'abril de 1984.*